

EL PROCESO DE INSPIRACION EN EL AUTOR LITERARIO

Desde la década de los cincuenta, cursando el poliédrico bachillerato con exámen de estado tan rico en los más variados conocimientos, sabía que las musas eran las encargadas de llevar la inspiración a los poetas. Se las pintaba como unas señoritas sumamente agraciadas, algo versátiles y caprichosas según el arte que protegían y, cubiertas con la ténue transparencia de sus velos de organza revoloteaban alrededor del elegido trayéndole una corona del laurel alucinógeno que crecía en el Parnaso.

En aquel tiempo eramos grandes cinéfilos, pues no había televisión y el Índice de libros prohibidos por la Iglesia más la censura oficial imponían un duro racionamiento de libros. La única fuente para refrescarnos en aquel secarral de la posguerra era el cine que, aunque también padecía la férula censora, dejaba entrever algunas luces de bohemia y libertad.

El día que sentí la necesidad de contar historias pensé en el cine como el medio ideal de expresarme en imágenes, pero ante la imposibilidad de dirigir una película -millones y millones de pesetas- decidí ponerme a escribir, para lo cual solo necesitaba papel y pluma, y con una de aquellas estilográficas Parker que traían de Tánger me encerré en la habitación con la seguridad de que muy pronto iban a llegar las musas para traerme la inspiración. A la media hora el folio seguía inmaculado. Nadie venía en mi ayuda. Llamaron a la puerta ¡Por fin! . Abrí ilusionado. Era el hombre del butano. Volví a sentarme. ¿Donde estarían las musas?- me preguntaba- ¿Porqué no me traían la inspiración? . Ante aquella hoja que seguía en blanco pensé, como Flaubert, escribir una novela de la nada; ¿pero quién me editaría una novela sin texto?.

Pasé toda la tarde esperando y las musas no aparecieron. Aburrido y desilusionado salí a la calle y descubrí que allí estaban todos los ingredientes de la novela. Comencé a observar con atención. Ví personajes ricos y pobres, altos y bajos, simpáticos y antipáticos, buenos y malos ... y al escucharles me dí cuenta que me estaban sirviendo en bandeja los diálogos. Aquella noche estaba de suerte, me encontré a Valle Inclán en el Café Gijón, serio y envuelto en una imponente barba cuya punta parecía lamerle los zapatos. Me acercé y le pregunté: “Maestro ¿cual es su fórmula para escribir novelas?”. Sus ojos de miope se iluminaron a través de los cristales convexos y me respondió con voz del siglo pasado: “Yo no aspiro a enseñar sino a divertir. Toda mi doctrina está en una sola frase: Viva la bagatela. Para mí, haber aprendido a sonreir es la mayor conquista de la humanidad”. Umbral, envuelto en su eterna bufanda blanca, que tomaba una copa de pipermint en su misma mesa me advirtió: “Joven recuerde que sin imaginación es casi imposible escribir”. “Yo tengo mucha imaginación”. “Pues adelante póngase manos a la obra”. Volví a casa y me puse a escribir.

No puedo negar el inmenso placer que me reporta la escritura. Es un vicio - ¿nefando?- que me tiene atrapado. Me ha convertido en un constante *voyeur* de

cuanto sucede a mi alrededor. Me acompaña siempre una diminuta grabadora y en ella recojo los ingredientes para el plato que llevo entre manos.

Cuando me siento a escribir no tengo delante una máquina, ni por supuesto un ordenador diabólico. Delante de un teclado no se me ocurre nada, necesito recado de escribir, papel y pluma para cogerme a ella onánicamente y en un rito solitario de libertad donde soy dueño y señor absoluto, preparo el plató para rodar la historia. Monto decorados. Elijo personajes, vestuario, maquillaje y coloco las frases adecuadas. Despues, todo el galimatías que aparece en las hojas me lo trasladan al ordenador y ¡Oh felicidad! ¡ Milagro del progreso! A los dos dias me entregan las hojas pefectamente impresas y comienzo el placentero trabajo de corregir, reinventar, añadir, y otra vez quedan los folios llenos de tachaduras y añadidos. De nuevo la señorita del ordenador vuelve a ponerlo todo en su prodigioso aparato, y así, cuatro, cinco o las veces que haga falta hasta dejarlo listo para el The End definitivo.

Terminada la novela, me ducho, me pongo colonia y voy a buscar a las musas en la terraza de un bar de moda. Y aunque no me traen la corona de laurel alucinógeno del Parnaso, las invito a un gin-tonic y acabamos la noche bailando boleros.

José Miguel Borja es autor de las siguientes novelas: Los Hemisnferios de Magdeburgo. Lucrecia mi amor. El Llibre D'Hores. Allegreto a la Turca (Premio Ciudad de Valencia 1991). Las Naranjas de Oro. El Rey de la Azúcar.